

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

Que bien, que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

Pues: ¿no le digo á usted? ¡vamos! eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe la felicidad de tener que comer; puesto que, *sine Cerere et Bacho friget Venus*: y entónces... ¡Oh! entónces! con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer, sino que el Cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.\*

---

\* Vánse por la puerta del foro.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

*Doña Agustina, Doña Mariquita, Don Serapio, Don Hermógenes, y Don Eleuterio.\**

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del Emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el Visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Peró á mí me parece, que no es regular que el Emperador se durmiera precisamente en la ocasion mas...

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un Emperador se

---

\* Saldrán por la puerta del foro.

*Moratin.]*

*E*

duerma: porque los vapores húmedos que suben al cerebro . . .

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! si no sabe lo que se dice . . . Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán . . . dexé usted, podrán ser ahora . . .

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj,\* que es puntualísimo.— Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aún tenemos tiempo:—séntemonos, una vez que no hay gente.†

D. SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? . . . si fuera en otro qualquier día . . . pero hoy todo el mundo va á la Comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

\* Saca el reloj.

† Siéntanse todos, menos D. Eleuterio.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se vé, Comedia nueva, Autor nuevo, y . . .

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya todo el mundo la habrá leído, y sabe lo que es! . . . ¡Vaya! no cabrá un alfiler: aunque fuera el Coliseo siete veces mas grande . . .

D. SERAPIO.

Hoy los Chorizos\* se mueren de frio y de miedo . . . Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro, á que no tienen esta tarde en su Corral cien reales de entrada.

\* En otro tiempo la direccion de los dos Teatros de la Cruz, y del Príncipe en Madrid, estaba encargada á dos cómicos, que se llamaban los autores de las compañías. Rivera y Martinez eran los autores en la época, de que habla Moratin en esta comedia. D. Serapio siendo apasionado de la compañía de Rivera, tenia sus reyertas con los de la compañía de Martinez, á quien el vulgo puso el nombre de chorizos;—de este modo ya puede comprehenderse la expresion de D. Serapio:—Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo . . .

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto, eh?

D. SERAPIO.

No, Señor, porque yo no tenía en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo les hice rabiar!... y qué...

D. ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aquí á la Librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me traxesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad; vuelve presto.

D. ELEUTERIO.

Al instante.\*

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud, qué ir y venir! no pára este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su

\* Vase.

buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es, que yo estoy en brasas: porque, ¡vaya! si la silvan, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero ¿por qué la han desilvar? ¡ignorante! ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprehension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues: siempre me está usted diciendo eso: vaya, que algunas veces me... ¡Ay, D. Hermógenes! no sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener qué sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo me tiene á mí impaciente, hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡quién le creyera á usted!

D. HERMÓGENES.

Pues ¿quién ama tan de veras como yo? cuándo, ni Piramo, ni Leandro, ni Marco Antonio, ni Orlando furioso, ni Agatocles, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Seleúcidas de Asyria, sintieron jamas un amor comparable al mio.

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! viva, viva . . . Respondele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, Señora? si no le he entendido una palabra.

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien: ¿qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? si yo no sé quién son. Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos: así que su hermano de usted coja esos quartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y . . . qué sé yo . . . así: las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza, ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, latin: maldito sea su latin. Quando le pregunto qualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos libros y tantos Autores. . . Mire usted qué entenderán los Autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! . . . vaya, D. Hermógenes, lo que le he dicho á usted: es menester que usted se dedique á instruir la y descortezarla, porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios, que no he podido mas: ya se vé, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras: en corregírselas, como usted habrá visto muchas veces; en sugerirle especies, á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan: el uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que está puerco, el otro que se cayó de la silla, me tienen continua-

mente afanada. ¡ Vaya! yo lo he dicho mil veces, para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡ Tormento! ¡ vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que. . .

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el Arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los Martes dos ó tres hojas del Diccionario de Rubiños. Despues aprenderá los logarithmos, y algo de a Estática; despues. . .

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡ Se habrá visto tal empeño! . . . No Señor: si soy ignorante, buen provecho me haga: yo sé escribir y ajustar una cuenta; sé guisar, sé aplachar, sé coser, y echar un remiendo con curiosidad; sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mia y de mi marido y de mis hijos, y yo me los criaré. . . Pues, Señor,

¿ no sé bastante? . . . Que por fuerza he de ser Doctora y Marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer Comedias. . . ¿ Para qué? ¿ para perder el juicio? ¡ qué, permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías! Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta; siempre contando las letras por los dedos, para saber si los versos estan cabales ó no; si el lance á obscuras ha de ser ántes de la batalla ó despues del veneno; y manoteando continuamente Gazetas y Mercurios, para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para rebutir con ellos sus relaciones: y entretanto ni se barre el cuarto, ni las medias se cosen, ni la ropa se lava, y lo que es peör, ni se come, ni se cena. ¿ Qué le parece á usted que comimos el Domingo pasado, D. Serapio?

D. SERAPIO.

Yo, Señora, ¿ cómo quiere usted que? . . .

DOÑA MARIQUITA.

Pues, lléveme Dios, si todo el banquete no se reduxo á una libra de pepinos, (bien amarillos y bien gordos), que compré á la puerta, y media rosca que sobró del dia anterior; y éramos seis bocas á comer, que el mas des-

ganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion: siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos cómo yo, y mas trabajo en media hora que me ponga á corregir alguna escena, ó á arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí, en eso tiene razon mi Señora Doña Agustina: hay gran diferencia de un trabajo á otro; y los experimentos quotidianos nos enseñan, que toda muger que es literata, y sabe hacer versos, *ipso facto*, se halla exónerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que lei á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve, que los versos se hacen con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index, é infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, quando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano; y concluí á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas dificil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer déci-

mas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está: sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez, *angustam pauperiem*, que dixo el Profano, de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el Profano, que no silvarán esta tarde la Comedia?

D. HERMÓGENES.

No, Señora: la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los Cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No: pues no decian eso ayer los que encontramos en la Botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fé que no se mordía la lengua.

D. SERAPIO.

¿Alto? \* uno alto, ¿he? ya le conozco: ¡picaron! ¡vicioso! Uno de capa que tiene un chirlo en las narices: ¡bribon! Ese es un oficial de Guarnicionero, muy apasionado de la otra Compañía... ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silvaran la Comedia de *El Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un Sastre, pariente de un vecino mio: pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué tonterías está usted ahí diciendo! Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con un señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon!... ¡Y qué mala vida dió á su muger! ¡pobrecita! lo mismo la trataba que á un perro.

---

\* Se levanta.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale: ¿á qué viene cansarse? Este era un Caballero muy decente, que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir... Unas ganas tengo de pillar al tal Guarnicionero... no irá esta tarde al patio, que si fuera, ¡eh!... Pero el otro dia, ¡qué cosas le diximos allí en la Plaza de S. Juan! Empeñado en que la otra Compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa\*: ¿y saben ustedes por qué es todo ello? Porque los Domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez,† y allí

---

\* Vuelve á sentarse.

† *La Ramirez* era una cómica, primera-dama de la compañía de Martinez.—En este pasage Moratin habla de los desórdenes que pasan en casa de las cómicas con las criadas, y no dice nada de los escandalosos excesos de las amas con los marqueses, condes y duques españoles,—algunos de ellos empeñados y entrampados á lo sumo por cortejar con la mas profusa esplendidez á las cómicas, gastando con ellas el sudor del pobre labrador español, y la industria del infeliz artesano, á quien con la mayor insensibilidad ven á las veces perecer de miseria, por no pagarle el fruto de su trabajo.—El Autor del *Gil-Blas*, en el libro III, ha esgrimido graciosamente la pluma, para satirizar la corrupcion de las cómicas y de sus nobles cortejantes. Pero el Corneille Español, *D. Nicasio*

se estan retozando en el recibimiento con la criada ; despues les saca un poco de queso ó unos pimientos en vinagre, ó así ; y luego se van á palmoteär como desesperados á las bandillas y al degolladero . . . Pero, no hay remedio, ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera Comedia que echen en el otro Corral, zas, sin remision, á silvidos se ha de hundir la casa, á ver . . .

*Alvarez de Cienfuegos, en su Oda al Carpintero, pinta con aquel tono elevado, que le caracteriza, el cuadro del interior de la casa de un infeliz artesano, postrado en el lecho del dolor, y expirante á causa de la miseria, en que ha sido envuelto por los Grandes.—He aquí el principio de esta enérgica Oda, no menos filosófica que su incomparable Escuela del Sepulcro.*

“ Yo lo juré ; mi incorruptible acento  
Vengará la virtud, que lagrimosa  
En infame baldon yace indigente ;  
En despecho del oro macilento  
Y de ambicion pujante y envidiosa  
Mil templos le alzaré, dó reverente  
Sus aras perfumando,  
Al orbe su loör iré cantando.”

“ Nobles magnates, que la humana esencia  
Osásteis renunciar por un dorado  
Yugo servil, que ennoblecíó un Tiberio,  
Mi lira desoíd ; vuestra ascendencia,  
Generacion del crimen lauréado,  
Vuestro pomposo funeral imperio,  
Vuestro houor arrogante  
Yo los detesto, iniquidad los cante.” &c.

DOÑA MARIQUITA.

¿ Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto ?

DOÑA AGUSTINA.

Sí : te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias, para que no le suceda un chasco. El se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro Corral : ha estado con ellos, les ha recomendado la Comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su Compañía. Además de eso, la Dama de allá le quiere mucho : él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y qualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido :—D. Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca : D. Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario : D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero ; y él, ya se ve, lo hace todo con un agrado, que no hay mas que pedir : porque, en fin, el que necesita es preciso que . . . Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para qualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo . . . ¡ Qué silvar ! . . . no, hija, no hay que temer : ¡ á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silven !



D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiración á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues, ya se ve. Figúrese usted una Comedia heróyca, como ésta, con mas de nueve lances que tiene: un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de Ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego, y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡ Toma, si gustará !

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece, que unas Comedias así, debían representarse en la Plaza de los Toros.

ESCENA II.

*Don Eleuterio, y dichos.*

DOÑA AGUSTINA.

¡ Y bien ! ¿ qué dice el Librero ? ¿ se despachan muchas ?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora . . .

DOÑA AGUSTINA.

Dexa, me parece que voy á acertar: habrá vendido . . . ¿ Quándo se pusieron los carteles ?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana: tres ó quatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

¡ Ah ! y cuide usted \* que les pongan buen engrudo, porque sinó . . .

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy ya en todo; como que yo

\* Vuelve á levantarse.